

los dedos y los pasa suavemente por el dorso de la mano mágica, cuyos contornos, cuya resistencia flexible y firme, cuya piel fría y tibia responden fielmente á la ilusión de la vista. Entonces, con la mano desplegada, abarca completamente aquella mano más pequeña, la siente en la suya. palpa aquellos dedos, aquel pulgar, aquellos tendones, recubiertos de una piel fina, vaporosa y dulce; llega á la muñeca, fina y bien hecha; siente perfectamente la cabeza del radio y busca el pulso; pero entonces la figura á que pertenece aquella mano quimérica le dice con una voz fresca, infantil y sonriente: «No estoy enfermo».—El acostado iba á preguntarle: «¿Quién eres?» Cuando entraron en su cuarto, llevándole un caldo. Lo tomó; su dieta había terminado y con ella las alucinaciones; pero piensa que, de haber continuado, sus agradables quimeras hubiesen respondido cada vez más á las buenas disposiciones que empezaba á sentir hacia ellas, y que por último hubiese podido sostener con ellas relaciones de todos los sentidos juntos, sin asegurar, sin embargo, que hubiera podido mantenerse el testimonio imparcial de su inteligencia.»

### NOTA III

#### SOBRE LA ACELERACIÓN DEL JUEGO DE LAS CÉLULAS CORTICALES

De Quincey, *Confessions of an opium-eater*, pág. 83: «Una parienta próxima me contó un día que en su infancia, habiendo caído á un río y estando á punto de perecer, vió resurgir en un momento su vida entera desplegada y alineada ante ella simultáneamente como en un espejo y que encontró la facultad, igualmente repentina, de abarcar juntamente el todo y cada una de las partes».

De Quincey y otros bebedores de opio han observado en sí mismos esa facultad de vivir mentalmente, durante un sueño de algunos minutos una vida de varios años y de varios cientos de años.

En 1815, M. de Lavalette, encarcelado y condenado á muerte se hizo contar todos los pormenores del suplicio, la *toilette*, etc., con objeto de desgastar por anticipado la emoción y de estar más firme en el último momento. Inmediatamente tuvo el siguiente ensueño:

«Una noche estando dormido, la campana del

Palacio, que daba las doce, me despertó; oí abrir la reja para relevar al centinela; pero me volví á dormir al instante. Mientras dormía tuve un sueño.—Me hallaba en la calle Saint-Honoré, cerca de la calle de l'Echelle; una oscuridad lúgubre se extendía por todas partes; todo estaba desierto, y, sin embargo, un rumor vago y sordo se elevó muy pronto.—De pronto apareció en el fondo de la calle una tropa de á caballo, pero de hombres y caballos desollados. Los ginetes llevaban antorchas, cuya llama roja iluminaba rostros demudados que atravesaban músculos sangrientos; sus ojos hundidos volteaban en sus órbitas; sus bocas se abrían hasta las orejas, y cascos de carne colgante cubrían sus cabezas horribles. Los caballos arrastraban sus pieles en el arroyo, que desbordaba de sangre hasta las casas. Mujeres pálidas, desmelenadas, se mostraban silenciosas en las ventanas y desaparecían; gemidos sordos, inarticulados, llenaban el aire; y yo estaba solo en la calle, solo, inmóvil de terror y sin fuerza para buscar mi salvación en la huida. Esta terrible caballería pasaba así á todo galope, pasaba siempre lanzando sobre mí miradas espantosas. Desfiló durante más de cinco horas; por fin la fila terminó y fué seguida por una inmensa cantidad de camiones de artillería cargados de cadáveres desgarrados, pero todavía palpitantes, un olor infecto de sangre y de pez me ahogaba... cuando de pronto la reja volvió á cerrarse con violencia y me desperté, hice tocar á mi reloj; no era más que media noche, así esta terrible fantasmagoría no había durado más que dos ó tres minutos, el tiempo de relevar al centinela y volver á cerrar la reja. El frío era intenso.

la consigna muy corta, y el carcelero confirmó al día siguiente mi calculo. Sin embargo, no recuerdo un solo suceso de mi vida cuya duración haya podido apreciar con más certidumbre, cuyos detalles estén mejor grabados en mi memoria, y de que tenga conciencia más firme.»

Una observación del mismo género se me comunica por M. A. M....

«10 de Junio de 1829.—En vez de salir aquella mañana, después del desayuno, me puse á grabar mi *ziegenhain* (cuerno de madera muy dura en que los estudiantes grababan entonces los nombres de sus amigos). Pasé en esta operación dos horas largas. Finalmente, sintiendo mi cabeza pesada (probablemente por simpatía del estómago que la presión del torso sobre este trabajo de grabado había debido oprimir estorbando la digestión) entré en el cuarto vecino, donde oía el rumor de una conversación animada sostenida por algunos condiscípulos. Eran cuatro ó cinco, en efecto, discutiendo de pié, no lejos de la ventana. Entré sin que nadie variara de lugar, me acerqué al grupo sin saber de qué se trataba, y me deslicé en el alfeizar de la ventana, para ponerme al corriente de la conversación antes de tomar parte en ella. Allí mi mano se dirigió á la falleba de la ventana, y mi frente pesada se apoyó en mi mano.—Parece que en el mismo momento caí de espaldas sin tener conciencia de ello, que mis camaradas me levantaron enseguida, y que volví en mí casi inmediatamente, porque su conversación apenas se interrumpió y continuaba cuando salí del cuarto en el punto en que la había encontrado al entrar.—Pero lo curioso es que durante esta caída me pareció que hacía un viaje que duró va

rios días. Y no se trata en modo alguno en este caso de una impresión vaga y general de cambio de lugar, sino de una sucesión de pormenores muy precisos y tan claros como los de un viaje real, excepto ciertas lagunas de ideas á consecuencia de las cuales mis recuerdos pasan de una situación á otra sin tener conciencia del tránsito. Así me encontré primeramente en un bosque, que me imaginé ser aquel de que habla el Dante al principio de su poema. Era un bosque de abetos cuyas ramas inferiores no tenían casi hojas, medio secos, grisáceos, cubiertos de polvo, de los que pendían esos líquenes grises, filamentosos, que se llaman barbas de capuchino, y entre los cuales estaban tendidas muchas telas de araña; caminé por allí, teniendo conciencia de seguir á un guía que no veía. Poco á poco el bosque vino á ser á la vez más espeso y más luminoso; las hayas y los arces, habían sucedido á los abetos. Vi colgar de una roca á la derecha los hermosos racimos rojos de la gatuña gelatinosa, que había visto con frecuencia en los Alpes. La luz parecía venir de abajo é iluminar la parte inferior de las hojas. Al volver la roca, vi abrirse un pequeño collado, que dominaba una vasta llanura, de donde, en efecto, venía la luz.—En este punto, hay una laguna, porque, sin transición, me halló á caballo en medio de esta llanura, teniendo aún conciencia de un guía que caminaba detrás de mí, pero al que no veía. El caballo era blanco y tenía al final de las orejas un borlón de pelos negros, como el lobo cervical.—Llegué ante un río en que no había puente, sino una barca llana y ancha destinada á pasar bestias y gentes. Había ya en ella personas y carneros.—Me encontré en ella sin tener con-

ciencia de haber bajado del caballo, pero este estaba detrás de mí, y le tenía de la brida el guía á quien ví entonces y que llevaba una chaqueta azul. En el fondo de la barca había un grupo de mujeres, cerca de las cuales estaba un hermoso niño rubio, cuyo traje, figura, y sobre todo cabellos ensortijados recuerdo muy bien.—Luego volví á encontrarme á caballo al otro lado del agua. El guía caminaba cerca de mí, y le veía. La llanura no tenía casas ni muros, sino vastos campos en que se levantaban arbolitos redondos, como moreras entecas. «¿Por qué son tan pequeños estos árboles?» pregunté á mi guía.—Porque á veces soplan en esta llanura vientos muy duros que los impiden crecer,» me respondió.—En resumen, llegamos á la noche. Volvimos á partir al día siguiente; llegamos á una ciudad, donde fuimos al teatro, y donde paré, y me paseé varios días. Luego finalmente, cuando paseaba, fumando un cigarro, bajo los soportales de una calle de arcadas, como la del Pó en Turín, oí voces lejanas que pronunciaban mi nombre; me volví quedando un momento inmóvil y en espera, y poco á poco ví á mi alrededor á los camaradas que acababan de levantarme y me sostenían aun con sus manos.—Ninguna impresión dolorosa ha resultado de este accidente, que no tuvo consecuencia alguna y jamás se ha reproducido.»

FIN DEL TOMO PRIMERO